



ILUSTRACIÓN Y LIBERTADES

ILUSTRACIÓN Y LIBERTADES

Pablo de Lavigne

Revista de Pensamiento e Historia de las Ideas

103

¿QUÉ SON LAS HUMANIDADES?

CINTA CANTERLA
Universidad Pablo de Olavide

“Salvar lo que hay de humanidad en el hombre —contra todas las formas de inhumanidad—, tanto a nivel del individuo como de la especie, es sin duda el tema de nuestro tiempo”¹.

Desde finales del s. XIX los filósofos de la ciencia europeos estuvieron muy interesados en una cuestión que a ellos les parecía esencial: la distinción entre Ciencias de la Naturaleza y Ciencias del Espíritu, esto es, la separación entre aquellos saberes que tendrían como finalidad conocer el mundo natural y aquellos otros cuyo objeto lo constituiría el mundo social. Pues por un lado, las Ciencias de la Naturaleza se encontraban muy prestigiadas por las consecuencias de la Revolución Científica, pero por otro, el creciente problema social hacía difícil prescindir de las Ciencias Humanas, por mucho que pareciesen estar sujetas a una metodología diferente. ¿Cómo delimitar ambos campos sin ser excluyentes.

La Revolución Científica acontecida durante los siglos comprendidos entre el. XVI y el XVIII había mostrado la posibilidad de construir social e históricamente un conocimiento empírico-matemático que se fuese perfeccionando en el tiempo y que permitiese un control sobre la naturaleza hasta entonces insospechado. Y control quería decir, entre otras cosas, explotación de los recursos naturales, que teóricamente los nuevos Estados democráticos liberales habían de repartir para promover

¹ E. Bello: “Introducción” a E. Bello y A. Rivera (eds.): *La actitud ilustrada*. Valencia, Generalitat Valenciana Pág. 13. Cf. también F. Savater: “El retorno de lo humano”, en *Revista de la Universidad de México* 20 (oct. 2005), págs. 8-15.

la igualdad y la justicia en las relaciones humanas. Así pues, los ilustrados y los primeros políticos liberales unieron a los principios relacionados con la emancipación de los individuos la idea según la cual la finalidad de la ciencia era el desarrollo y el progreso, siendo la misión de los administradores de las políticas públicas redistribuir las riquezas entre la población, con el fin de erradicar las desigualdades y las miserias.

De alguna manera puede decirse, pues, que a lo largo del s. XIX, al menos en el plano teórico, la confianza en las capacidades "humanizadoras" de la ciencia aún no estaban cuestionadas (aunque ya se habían oído algunas voces discordantes, como la de Rousseau). Pero junto a esta ingenua concepción de la ciencia como motor de progreso en beneficio del mejoramiento civil fue poco a poco pesando la evidencia de que, bajo esta retórica de beneficencia, se escondía la alianza entre ciencia, nacionalismo y desarrollo económico de las élites comerciales, esto es, la perversa articulación ciencia-capitalismo, amparada por un Estado que más que proteger a la población lo hacía con los intereses de las grandes familias. El desarrollo industrial de un lado y los colonialismos de otro mostraron claramente el lado oscuro de la explotación incontrolada de la naturaleza y los seres humanos.

Las llamadas Ciencias Humanas, por su parte, (en el lenguaje decimonónico Ciencias del Espíritu) gozaban de un gran prestigio en Europa al menos desde el Renacimiento. Eran aquellas ciencias que se ocupaban del patrimonio cultural, especialmente el escrito, pero también el arquitectónico, pictórico, musical, etc, esto es, de cualquier forma en la que, en un momento histórico dado, un grupo humano hubiese acuñado en significantes materiales su pensamiento, su concepción del mundo, sus símbolos y representaciones sociales intangibles. Y especialmente del patrimonio clásico grecolatino, por existir un generalizado convencimiento de que el ser humano había conseguido en ese momento histórico las más altas cotas conocidas de *humanidad*, esto es, de refinamiento intelectual y moral laico y civil.

Las Humanidades tenían una importante función social porque eran las Ciencias mediante las cuales las nuevas generaciones podían conocer, preservar y hacer progresar la *humanización* (de ahí el término *Humanismo*), el grado de civilización moral que habían conseguido alcanzar las generaciones anteriores. Y este patrimonio fue protegido con la misma emoción que en culturas religiosas se conservaron los textos revelados: los clásicos no eran dioses, pero sí humanos que habían

conseguido desarrollar formas muy elevadas de moralidad, de civilidad, de conocimiento del hombre, de sabiduría acerca de la vida, de elegancia, de belleza, de sentido del lenguaje, de sensibilidad para el arte, de racionalidad epistémica. Y esa herencia había que preservarla de la mediocridad, la brutalidad, la inmoralidad, la corrupción, el mal gusto, el analfabetismo a los que el hombre parecía verse abocado si se abandonaba dejándose llevar por la violencia.

Pero los cambios políticos y sociales acontecidos en Europa a partir del s. XVIII trajeron como consecuencia que muchos de estos valores fueron recogidos en las declaraciones de los Derechos del Hombre ligadas a las constituciones liberales. Y a partir de ese momento se dio la paradoja de que los Estados democráticos, considerándose a sí mismos la forma institucional de la herencia humanista, dejaron ya de preocuparse y temer por el problema de la desaparición de unos valores de los que teóricamente ellos eran ahora sus mayores garantes. Pasando a considerar entonces a las Ciencias Humanas como una especie de reliquia del pasado, cuya enseñanza quedaba destinada a las élites culturales más sofisticadas, y orientando la acción estatal, en cambio, a potenciar las ciencias Naturales, al identificar progreso con economía, nacionalismo con colonialismo, desarrollo con capitalismo. Un contexto positivista en el que interesaba más hacer del ciudadano un burócrata, un proletario de base, o un aséptico profesional científico-técnico que un intelectual consciente y crítico.

Así, a comienzos del s. XX la convención más o menos extendida era aquella según la cual las Ciencias Naturales y las Ciencias Humanas quedaban separadas por el principio de demarcación de Carnap: las primeras se ocuparían de hechos, mientras que la segunda lo harían de valores. Las primeras constituirían ciencia en sentido estricto (por su alto grado de objetividad y rigor y su factible aplicación tecnológica), no así las segundas, por mucho que no se negase su importante papel dentro de las sociedades, especialmente como apoyo —ahora reducidas a Ciencias Sociales— del positivismo de Estado.

Fue la Segunda Guerra Mundial y el fenómeno del nazismo lo que volvió a traer en Europa la cuestión del Humanismo. Como entonces dijo Theodor Adorno, si toda la cultura europea con su progreso, su ciencia y su sofisticación no había sido de capaz impedir con sus valores que ocurriera un fenómeno como el exterminio en los campos de concentración, entonces podía afirmarse que la cultura europea en su

conjunto era pura escoria. Y así, las Humanidades volvieron a recuperarse en toda Europa el prestigio perdido, no ya sólo como garantes de la conservación del patrimonio clásico grecolatino, y de su posterior desarrollo en la Ilustración, nuestro segundo clasicismo, sino principalmente como depuradoras de la ideología de dominación que, amparada en cierta concepción acrítica de la ciencia, justificaba la explotación del hombre y la naturaleza en aras de la civilización y el progreso.

En este contexto, distintas corrientes filosóficas tales como el Existencialismo, la Teoría Crítica, la Hermenéutica, el Postestructuralismo o la Nueva Epistemología, entre otras, pusieron en la segunda mitad del s. XX en cuestión tres aspectos hasta entonces claves sobre la supuesta “anomalía epistémica” de las ciencias humanas:

1. La imposibilidad de separar tajantemente ciencias de hechos y ciencias de valores, ciencias de la naturaleza y ciencias humanas. Ni las ciencias que se ocupan de los hechos de la naturaleza dejan de estar determinadas por valores (de las élites económicas que las financian, de los condicionantes de género, etnia y clase del sujeto epistémico que realiza la investigación, del contexto pragmático y social concreto en el que se desarrolla, etc) ni las ciencias humanas dejan de trabajar sobre hechos con metodologías perfectamente homologadas (pensemos, por ejemplo, en el trabajo de clasificación e interpretación de un arqueólogo o la aplicación de las matemáticas a la lingüística computacional)
2. La inviabilidad de separar de modo absoluto Ciencias Naturales y Ciencias Humanas en dos bloques caracterizados por el uso de lenguajes formales (las primeras) y del lenguaje *natural* (las segundas), con la pretendida consecuencia derivada de ello de que las primeras serían sincrónicas y mientras que las segundas no podrían desprenderse del peso de la historia. Toda la Nueva Epistemología trabaja hoy para mostrar en qué medida en las Ciencias Naturales el estado actual de una disciplina está estrechamente determinado por los estados anteriores de la misma, de forma que la relación ciencia-historia de la ciencia es en las Ciencias Naturales de la misma naturaleza que en las Ciencias Humanas. E igualmente para mostrar –lo que es más complejo– cómo toda ciencia, sea natural o humana, trabaja siempre mediatizada por un lenguaje que tiene un origen histórico, que se hereda de una tradición y que determina el horizonte de comprensión en el que investigador se

sitúa. Y esto vale tanto para los lenguajes formales (los llamados “científicos”) como para el mal denominado “natural”: toda ciencia es una construcción social de orden pragmático.

3. Finalmente, la dificultad para distinguir entre Ciencias Naturales y Ciencias Humanas mediante el procedimiento de situar a las primeras en el terreno de la teorización desinteresada y a las segundas en el de la crítica de las ideologías y en el contexto de la emancipación, pues cualquier ciencia es hoy el resultado de la depuración de los errores alojados en la tradición, y toda depuración de errores contribuye a la emancipación de los seres humanos. La Crítica de las Ideologías debe forzosamente formar parte de toda ciencia.

Lo que tenemos de hecho hoy es una realidad compleja donde la ciencia es una, pero multiforme y muy difícil de reducir a compartimentos. En nuestros días, no hay ningún investigador serio que no se mueva transversalmente y en algún momento necesite transitar por algún campo epistémico para el que no había sido educado. La actitud ante ello no es desdeñar como innecesario lo que aún no se conoce, sino aprender. Y en este sentido, ni un especialista en Humanidades debe negarse a aprender a utilizar una técnica química sofisticada para restaurar un cuadro ni un experto en economía negarse a identificar las realidades humanas que hay bajo sus variables, ni un matemático dejar de leer poesía, ni un jurista no sumergirse en la biotecnología para poder regular sus límites éticos.

En lo que respecta al campo epistémico concreto, el de las Humanidades, en el que nos situamos los investigadores que formamos parte del Consejo de Redacción de esta Revista, debemos ser conscientes de que nuestra labor es, de un lado la conservación del patrimonio clásico, tanto el greco-latino como el ilustrado, con sus derivaciones posteriores, lo que viene a ser lo mismo que estar dedicados a la conservación de la historia de los valores de humanización en Europa; de otro, la crítica permanente de las ideologías deshumanizadoras que se aprovechan arteramente del prestigio de este patrimonio para presentarse como sus legítimas herederas, y que conducen todas a formas de totalitarismo. Algunas formas de concebir la ciencia en nuestros días se encuadran, por ejemplo, en este último capítulo.

Pero tenemos que saber también que, conservado el patrimonio cultural, realizamos una labor esencial de gran utilidad para otros ámbitos epistémicos que va más allá de la doble de su preservación y de la depuración crítica de las ideologías: aseguramos la continuidad en las significaciones colectivas, traducimos los valores a articulaciones semánticas actuales, garantizamos la homogeneidad del discurso mediante el que después se desarrollará la racionalidad pública tanto en el ámbito de la ciencia como el de la política. Porque nos ocupamos de valores, sí, pero no abstractos e intangibles, sino comunicables, accesible, enseñables, aprensibles. Enseñamos las Letras y somos expertos en el manejo del lenguaje.

Esto quiere decir que nos movemos en Ciencias que tienen por finalidad preservar, activar y traducir a nuestros días, y poner en valor para el futuro un lenguaje compartido en el que resulta legítimo hablar de Humanidad. Por ello nuestras disciplinas contribuyen a la formación moral del estudiante además de a sus habilidades técnicas, y son en esencia diversos modos de Hermenéutica –métodos científicos de lectura e interpretación de textos– proyectados sobre la construcción de nuevos textos en los que discutimos científicamente en la esfera de la racionalidad pública, las diversas formas de ideología ocultas en nuestro presente, conscientes de la responsabilidad social de mantener vivos los valores de libertad, laicidad, democracia y episteme.

En palabras de Starobinsky:

“No se puede pretender, añadía Goethe, que uno es algo por sí mismo sin nada tras él ni nada ante él. Yo, por mi parte, añadiré que estas dimensiones del tiempo sólo se despliegan cuando sabemos hacer del presente un instante de libertad. Tras un siglo que ha conocido tantas ilusiones y decepciones, hemos de hablar sin ingenuidades: no es fácil dar fuerza de realidad colectiva a esta memoria, a esta libertad responsable y a esta esperanza. Es en esto en lo que deberíamos trabajar sin descanso.”²

A esta tarea dedicaremos, pues, todo nuestro esfuerzo.

ESTUDIOS

² J. Starobinski: “Los deberes del crítico”, en *Revista de Occidente* 210 (1998), pp. 13-14.